

A photograph of a woman with reddish-brown hair pulled back, wearing a dark red turtleneck top. She is looking out of a window with a green frame. The lighting is dramatic, with shadows cast across her face and top. The background is dark, suggesting an interior space.

# Marian Izaguirre

## La Bolivia

Por la autora de  
*La vida cuando  
era nuestra*

**MARIAN IZAGUIRRE**

**La Bolivia**

[www.megustaleerebooks.com](http://www.megustaleerebooks.com)

*A los que se cogen de la mano estando ausentes.  
A los que se confían secretos sin susurrar nada al oído.  
A los que cruzan miradas de complicidad sin verse.*

*La Bolivia, agosto de 1993*

Querido Richard:

Te extrañará saber que estoy de nuevo en La Bolivia, el lugar en el que vivió mi familia durante tantos años y del que luego fuimos alejándonos, hasta que todo quedó reducido a un simple recuerdo enterrado entre montañas de polvo.

Tendrías que ver el estado en el que se encuentran la Casa Grande, el cenador de las glicinias, las laderas del mirador... Algunas cosas se conservan milagrosamente. Otras han perdido todo sentido y parecen decorados de una obra que nadie se molestará en representar jamás. La casa y el resto de las dependencias están enmohecidas. El enfoscado se ha caído en la fachada principal y una de las habitaciones de la segunda planta tiene el tejado hundido. Los pájaros anidan dentro, al amparo de las vigas, y el diván está enterrado entre un centenar de tejas y cascotes. Desde el centro de la habitación se puede ver el cielo. Es un efecto extraño, desconcertante, porque se oye un rumor continuo de seres vivos, el olor del campo invade la estancia y tienes la sensación de que hay alguien escondido entre las sombras. Por las noches me gusta asomarme a ese pequeño hueco a través del cual puedo contemplar las estrellas y, en cierto modo, la cara oculta del pasado.

Mi padre hacía eso mismo. Intentar desentrañar los secretos dormidos en la alacena de la historia. En esa habitación de la que te hablo estaba su santuario. Allí pasaba horas y horas con sus papeles y sus extrañas caligrafías sin sentido. ¡Qué par de locos nuestros padres! ¿Recuerdas el gimnasio? Está totalmente destruido. Alguien se ha llevado los aparatos en los que esos dos krausistas chiflados se retorcían cada día. Solo queda la escala que hizo tu padre y el viejo plinto de madera, que ahora tiene las tripas de gomaespuma al aire. Me apena ver todo este abandono, pero al mismo tiempo siento un

nudo de emoción en el pecho, como si estuviera a punto de descifrar el último párrafo de un manuscrito inacabable.

El abandono es una idea terrible, una amenaza que va cosida a las personas como si se tratara de su sombra. La parte humana de La Bolivia, las edificaciones, los muebles, todo aquello que hicieron los hombres, sufre su ausencia y decae hasta su pronta desaparición. Pero el resto de la finca, su lado salvaje, ha mejorado considerablemente. Solo la naturaleza es capaz de regenerarse a nuestras espaldas, solo los árboles, las plantas, el campo, sobreviven a esta brutal ausencia de seres humanos. El yélamo parece más verde y frondoso que nunca y los alcornoques, ahora que la Compañía Corchera ha dejado de explotarlos, surgen por todo el monte. Los caminos que se abrieron para las recuas de mulas han desaparecido y ahora todo el sobral es un bosque salvaje en el que los árboles crecen deformes, pegados los unos a los otros. A veces las copas se entretrejen y oprimen hasta formar un techo verde que apenas deja entrar unos cuantos rayos de sol.

Me temo que este es uno de esos lugares que sobreviven a su propia historia. Antes de que perteneciera a mi familia, había sido una de las muchas fincas de recreo que los duques de Alcoy tenían en Andalucía. La Casa Grande eran las antiguas caballerizas y la explanada que tú y yo conocimos como El Mirador, ese hermoso alto rodeado de castaños y especies exóticas que tanto admiraba tu padre, era el lugar en el que estuvo la primitiva residencia. Por lo visto, la duquesa era aficionada a la botánica y llenó los alrededores de árboles y toda clase de pájaros que hacía traer de América. ¿Recuerdas las cotorras, herrerillos y torcaces que cruzaban de copa en copa, entre ginkgos y catalpas? ¿Recuerdas el árbol de las trompetas, o aquel otro fresno de flores blancas que tu padre llamaba «árbol de maná»? La duquesa veía todo ese vergel desde sus ventanas. Debió de ser un lugar hermoso. Cuando mi abuelo compró La Bolivia, la casa de los duques ya no existía. Se había quemado totalmente. En el incendio murió uno de los hijos y, según he oído, esa fue la causa de que la vendieran.

Entonces La Bolivia no se llamaba así, el nombre se lo puso mi abuelo, que regresaba de América donde había conseguido amasar una pequeña fortuna con la explotación de una de las últimas minas de plata en la región de Huayacacho. Era un hombre con una voluntad de hierro, capaz de conseguir cualquier cosa que se propusiera. Creo que nunca te hablé de él. Nadie lo hacía. Mi madre había decidido borrarlo de su vida, pero de algún modo extraño seguía asustada por su posible presencia. Nunca nos trajo aquí mientras él vivía, nunca consintió en volver a La Bolivia hasta que, no se sabe por qué, paradojas de la vida, la recibió como herencia.

Era yo muy pequeña y vivíamos en Méjico. Recuerdo a mi padre enterrado entre montañas de papeles, ya entonces estaba atrapado por el dichoso códice. Había descubierto en el convento de las Vizcaínas un ejemplar desconocido de la obra *De unico vocationis modo omnium gentium ad veram religionem*, del padre Fray Bartolomé de las Casas. Hasta entonces se creía que todos los manuscritos existentes procedían de una copia del siglo XVII que estaba depositada en la Biblioteca Pública del Estado de Oaxaca. Mi padre se empeñó en demostrar que el Códice de las Vizcaínas era anterior y se dedicó a buscar por todo Méjico datos que apoyaran su tesis. Apenas teníamos dinero, pero él seguía empeñado en registrar los archivos coloniales en busca de datos, documentos y cartas manuscritas cuyo sentido nadie podía imaginar. Quería llevarnos a Cuba y a Venezuela, donde esperaba encontrar alguna de las ediciones posteriores, pero en aquella época ya había consumido la mayor parte de su patrimonio familiar.

La Bolivia llegó como llovida del cielo. Tuvimos que venir a España para hacernos cargo de la herencia. La intención de mi madre era vender la finca, solo por eso aceptó regresar, quería conseguir el dinero necesario para que mi padre pudiera seguir con sus investigaciones. Sospecho que le costó mucho tomar esa decisión y que, de no ser por el trabajo de mi padre, jamás hubiera consentido en volver. Tú no puedes saber qué motivos tenía para aborrecer este hermoso lugar. Recuerdo que siempre te gustó La Bolivia. Para ti no

era nada, una escala de viaje, un espacio de recreo en el que descubrir cosas nuevas. Pero ya te he dicho que la historia puede transformar la realidad, eso lo aprendí de mi padre, el origen de las cosas, sus secretos dormidos, tienen una enorme capacidad de alteración y lo que hoy es blanco mañana puede parecernos negro. Para mi madre, La Bolivia era un lugar detestable que solo le traía malos recuerdos.

Te he dicho que mi abuelo fue un hombre con una voluntad de hierro. Era también un ser egocéntrico que consiguió crearse un mundo a la medida, sin interferencias del exterior, donde no podían caber otras normas que las suyas y otro objetivo que la mera consecución de sus inmediatos deseos.

Vivían aquí, apartados de todo lo que podemos considerar humano. Vivían él, mi abuela, los hijos, porque tuvo veinte hijos aunque solo nueve consiguieron sobrevivir, y una hermana de su mujer que vino con ellos y que, como mi abuela, era boliviana. Por aquella época todavía no se explotaban los alcornos, así que mi abuelo dedicó la finca a la cría de ganado. Caballos y reses que ocupaban diez kilómetros de dehesa. Pero, sobre todo, la utilizó para esconderse de las miradas ajenas, para que nadie pudiera apoyar en datos ciertos las habladurías que ya circulaban por toda la comarca.

El indiano concebía un hijo cada seis meses. ¿Sabes lo que quiero decir? Sí, los niños nacían de ambas hermanas, aunque solo mi abuela figuraba como madre. Muchos morían al nacer, antes de cumplir el año, pero a veces la naturaleza resistía, y mi madre, que nunca pudo saber a ciencia cierta cuál de las dos mujeres la había traído al mundo, se llevaba tan solo tres meses con su antecesor, de modo que siempre lo supo y nunca lo perdonó, aunque se empeñara en guardar el mismo pertinaz silencio que invadió toda su infancia, un silencio lleno de vergüenza y temor a las palabras.

¿Recuerdas el camino de las adelfas, el que baja desde la parte trasera de la casa hasta el embalse? Mi madre solía venir cada tarde, cuando el calor era insoportable y todos los demás dormitábamos desperdigados por las habitaciones o nos mecíamos silenciosamen-

te en las hamacas del jardín. Desde mi escondrijo de la torre contemplaba, tarde tras tarde, su pequeña figura enterrada por cientos de flores, hasta que desaparecía entre los árboles que rodean el embalse. Una o dos veces fui tras ella, la seguí llena de curiosidad, pensando que podía descubrir el secreto que mi madre guardaba en su interior. Pero no había nada que ver. Se sentaba en la orilla y miraba durante horas el agua.

Ayer hice eso mismo. Bajé por el camino de las adelfas y me quedé durante mucho tiempo mirando la superficie verdosa del embalse. No ocurrió nada. Nadie me siguió, aunque tuve la impresión de que estaba representando un papel que no era el mío. No sé si me entiendes. Por un momento creí que yo era mi madre y que mis pensamientos eran los suyos. Estaba allí, junto a la soledad del agua, a dos pasos del embarcadero. Las tórtolas volvieron a beber en la orilla y un millar de mariposas blancas revoloteó entre los juncos y mimbreras. El silencio era total. Entonces yo, que era yo y al mismo tiempo mi madre, reconocí el trazo de una escritura secreta, lo que ella debía pensar en esos momentos de soledad, lo sentí como si fuera yo misma quien lo pensaba, por primera vez lo vi todo escrito en el interior de mi cabeza, que hasta entonces no había sido sino una página en blanco.

Era una mujer extraña. Afectuosa, siempre supe que me quería, igual que mi padre, tuve suerte en eso, pero había algo en ella que se escapaba, una parte de sí que no nos pertenecía y de la que nunca pude saber gran cosa. No le gustaba estar aquí. La torturaba este lugar, lo que significaba en su vida. No entiendo cómo pudo resistir los dos años que pasamos en la finca, totalmente aislados del mundo, esperando tan solo a que mi padre ordenara un sinfín de documentos indescifrables que cada día parecían multiplicarse sin que nadie, salvo él, creyera que todo ese esfuerzo silencioso y tenaz tendría un final.

Hace unos días me acerqué hasta el cortijo de Los Llanos. No sé qué extraños sentimientos me llevaron hasta allí, la soledad seguramente, o el deseo de ver a un ser humano que no se hubiera movi-



do de lugar, alguien como la vieja Águeda, capaz de permanecer atada al paisaje que la vio nacer durante toda su vida.

¿Te acuerdas de Águeda? Estaba en el patio, a la sombra, con las manos desmayadas sobre el regazo como si durante estos años no hubiera hecho otra cosa que permanecer en actitud de espera. Me reconoció enseguida.

—¡Ay! ¡Niña Irene! —exclamó levantándose, sorprendida, de su viejo balancín—. ¡Si eres tú! ¡No puedo creerlo!

—Sí, Águeda, soy yo —respondí mientras contemplaba los aspavientos de una anciana que me recordó asombrosamente a mi madre durante sus últimos años de vida.

Me hizo pasar al interior de la casa. Todo estaba igual, en el mismo sitio, con la misma asombrosa pulcritud ordenada de otros tiempos: la mesa de roble, el aparador, la botella de cristal y las copas de anís, las mismas cortinas que parecían recién colgadas... Solo Águeda estaba más vieja, sus nerviosos andares un poco más torpes, su mirada ligeramente cansada.

Me preparó un vaso de limonada con unas hojas de hierbabuena, ¿recuerdas?, igual que hacía cuando la visitábamos. La pobre Águeda siempre me tuvo un gran afecto. Me miraba como si estuviera contemplando un milagro.

—Te has hecho toda una mujer.

Me hizo gracia su observación.

—Tengo cuarenta y dos años, Águeda.

Ella me miró como si eso fuera poco menos que imposible, pero luego asintió con la cabeza.

—¿Tienes hijos, niña Irene? —me preguntó, escudriñando mi rostro con sus pequeños ojos legañosos.

—No —respondí.

—Bien —dijo como si tratara de hacerme entender que se mostraba de acuerdo, que aprobaba ese aspecto de mi vida. Luego se acercó, me acarició la cara y pasó lentamente la mano por mis cabellos.

—El pelo de los indianos —murmuró—. Y la misma figura que tu

madre.

Te asombrará saber que me gustó su contacto, que tuve la impresión de que esa caricia podía apartarme de la locura, que me ataba a la existencia más que cualquiera de las cosas absurdas en las que había desperdiciado mi vida durante los últimos años.

—¿Has ido a verlos? —preguntó.

Se refería, sin duda, a mis padres. Están enterrados en Montaña, creo que no lo sabes.

—Sí —le dije—. Llevo una semana en la Casa Grande. Recordé que me había extrañado ver flores frescas en las tumbas.

Águeda suspiró.

—El tiempo pasa deprisa, niña Irene. Dentro de poco nadie se acordará de nosotros.

Hubiera querido decirle que estaba allí tratando de recomponer la escritura de mi propia vida, que yo sentía ese mismo temor y que deseaba con todas mis fuerzas encontrar algo que organizara los sucesos pasados, como mi padre, necesitaba ordenar los trozos desperdigados de la historia para poder entender el presente.

—Nadie viene nunca por aquí —murmuró con tristeza—. Seguramente todos estarán muertos.

¿Quiénes eran todos? Pensé que no podía referirse a nosotros.

—Ellos, niña Irene —dijo con desprecio—. Los otros.

Hablaba de mis tíos, los hermanos de mi madre. Siempre los llamó así y siempre, cuando de pequeña la oía referirse a ellos, tenía la impresión de que Águeda también les guardaba un gran rencor.

—No sé, yo tampoco tengo noticias de ellos. Y nunca he querido tenerlas. Cada uno siguió su camino, ya sabes.

—Tu madre era la única buena en esa familia. Todos los demás llevaban la sangre de tu abuelo. Eran crueles y egoístas, malos por dentro.

Luego cambió de tono y la expresión de su cara se dulcificó hasta hacerla parecer mucho más joven. No sé si recuerdas su pelo rojo, como el mío, como el de los muchos hijos que el indiano había dejado desperdigados por todas partes. Era una huella inequívoca,

una señal de procedencia que no necesitaba palabras y que ahora, con el paso del tiempo, se había mitigado hasta convertirse en un reflejo dorado. Todos sabían que Águeda era hija de mi abuelo, pero nadie la ayudó nunca, creció en el cortijo de Los Llanos con su madre, una campesina que también tuvo que convivir con la vergüenza, y nunca pudo o nunca quiso salir de aquí. Mi madre venía a verla cuando eran chicas, iba con ella a recoger higos en Gayol o nueces en Montaña, todo a escondidas, a riesgo de enfrentarse con la brutalidad del abuelo que tenía grandes planes para cada uno de sus hijos, para todos, menos para Águeda.

—Cuando tu madre se casó y se fue a Granada, yo lo sentí mucho. Luego pasamos años sin vernos, tu abuelo murió algún tiempo después de que lo hubieran hecho sus dos mujeres, hasta en eso tuvo suerte el condenado, se libró de las dos cuando apenas empezaban a envejecer, así, una detrás de la otra, se murieron de cualquier cosa, no sé, seguramente se cansaron de aguantarlo, era un hombre duro como las piedras, se cayó del caballo, ya ves, en el camino de Gayol donde al parecer vivía una de sus últimas queridas, no era demasiado viejo, pero seguía siendo el mismo sinvergüenza. ¿No te importará que hable así de él, niña Irene?

—No, Águeda.

Era cierto, no me importaba. Al contrario, se lo agradecí, porque esa era precisamente una parte de la historia que me resultaba totalmente desconocida.

Le pedí que continuara.

—Cuando tu madre heredó la finca pensé que la vendería y luego, cuando regresaron de América y se vinieron a vivir aquí, me alegré de que tu padre fuera un hombre con sentido común y que La Bolivia le gustase, que la llenara de gente e hiciera venir a esos amigos suyos tan raros, los ingleses, ¿recuerdas, niña Irene, al inglés?, siempre buscando bichos por el campo y preguntando sobre las plantas, con aquella mujer suya tan grande, que levantaba diez palmos del suelo y se reía sin parar... Fueron buenos tiempos para este lugar. En la Casa Grande se oyeron por primera vez gritos de aleg-

ría, hasta aquí llegaba el eco, porque tú ya lo sabrás, la felicidad produce un eco que se extiende muchas leguas a la redonda y, afortunadamente, lo salpica todo como si fuera lluvia en tiempos de sequía.

Me gustó que dijera eso, porque para mí no existe otro tiempo más feliz, más intenso, que los largos meses de verano en La Bolivia. Cuando me despedí de ella, se sentó de nuevo en el balancín y se quedó mirando al vacío, con el mismo gesto ausente que tenía mi madre cuando bajaba al embalse.

Luego regresé a la casa por el camino de los bancales. Las casas de Montaña se veían a lo lejos, en el llano, y la cordillera de la costa estaba cubierta por una luz desmayada que la convertía en un conjunto de sombras azules donde no se podía distinguir nada.

Durante el trayecto pensé en lo que Águeda había dicho. «El eco de la felicidad.» Era cierto. Después de veinte años yo también podía sentirlo.

Los ingleses llegaron una mañana del mes de junio. Estaba acostumbrada a las visitas, pues en Méjico mi padre recibía en su casa a todos los exiliados que llegaban pidiendo cobijo y muchos se quedaban durante meses sin que nadie les preguntara cuándo pensaban marcharse. Pero, al llegar a España, este trasiego de gentes había terminado de forma brusca y desconcertante, hasta el punto de que no habíamos visto a ninguno de los hermanos de mi madre, nuestra única familia; era realmente incomprensible regresar de un exilio de diez años y que nadie, absolutamente nadie, viniera a darnos la bienvenida. Nos refugiamos en La Bolivia como si fuéramos delincuentes. Apenas salíamos de la finca. Era como si mis padres quisieran evitar que alguien los viera. Durante muchos meses me sentí diferente, era solo un estado mental, pero la idea de una extraña singularidad me desgajaba de lo que había sido el mundo hasta entonces. A mí y a ellos, porque mis padres se ensombrecieron según pisaron suelo español. La alegría desapareció de sus rostros. Parecía que llevaran un peso muy grande encima. Siempre he querido saber por qué regresamos y nunca conseguí entender el motivo por el cual mis padres tomaron esa decisión incomprensible. Éramos felices, teníamos amigos, y de pronto todo se vino abajo, un buen día cogimos un barco y cruzamos el océano para enterrarnos en una España triste y mediocre, donde solo podíamos ser los perdedores de una guerra que, aunque lejana, había dejado su impronta en todo lo que nos rodeaba. Méjico estaba lejos. Nuestra casa, el mirador desde el que se contemplaba la plaza de Coripe llena de puestos multicolores, la colonia Lindavista con sus hermosas casas y sus árboles cuajados de flores que yo cruzaba cada día para ir al colegio, el sonido gozoso de las voces, las risas y el ruido cautivador de un constante bullicio que parecía descender desde el Cerro y extenderse por la ciudad, por el país entero. Todo eso había desaparecido sin que yo pudiera entenderlo, porque lo más desolador era la profunda sensación de que estábamos solos. Los afectos y la soli-

daridad que nos unían en Méjico a los exiliados españoles habían dejado en mí el hábito de pertenencia a un grupo, con sus códigos y sus lealtades inquebrantables, una experiencia que resultaba difícil de soslayar y que nuestro regreso había convertido en mera nostalgia. Hubiera dado cualquier cosa porque el tiempo corriera hacia atrás, por recuperar la imagen cálida y entrañable que pervivía entre mis recuerdos. Pero sabía que eso ya no era posible. En España no era posible.

Tardé tiempo en acostumbrarme a este nuevo paisaje de hombres y mujeres invisibles. La Bolivia era un lugar seco y abrasador, lleno de luz, pero también lleno de miedo, que reflejaba nuestros temores ocultos como si el mundo no existiera a nuestro alrededor y los gestos y las voces apagadas fueran la única forma de vida sobre el planeta. No veíamos a nadie. No había un solo rostro amable y yo tenía la impresión de que España era un país inhóspito, en el que tanto mi padre como mi madre, ambos por diferentes motivos, trataban de pasar inadvertidos. Por eso, la llegada de los ingleses tenía algo de restauración, era la vuelta a un tipo de vida que había sido frecuente durante mi infancia y del que me sentía injustamente privada.

Llegaron al amanecer. Abrí los ojos al oír las primeras voces. Me extrañó que fuera tan temprano. El sol aún no alcanzaba la altura suficiente como para filtrarse por las hendiduras de la persiana. Permanecí unos segundos en la cama, intentando descifrar aquellos sonidos extraños que llegaban hasta mí confundidos con el alboroto matutino de los pájaros, y pude reconocer las voces de mis padres, aislándolas de aquellas otras desconocidas, una voz de hombre, clara y diáfana, la risa contagiosa de una mujer, una mezcla de murmullos complacidos que presentía en el jardín, bajo mi ventana.

Me asomé. El hombre era muy alto y llevaba unos extraños pantalones de cuadros sujetos por tirantes. Iba en mangas de camisa. Mi padre y él se abrazaban calurosamente. La mujer también era muy alta. Desde la ventana pude ver su vestido de flores y un curioso sombrero de campesina que se quitó de pronto, dejando ver un ca-

bello rubio que le cayó en cascada sobre los hombros, mientras el sombrero aterrizaba suavemente sobre una de las hamacas.

Y allí estabas tú. Tropecé con tus ojos que perseguían el vuelo de un pájaro alrededor de la casa. Sonreíste y yo pensé que era una mañana estupenda, la primera de una nueva vida. Lo mejor que podía hacer era bajar cuanto antes y formar yo también parte de esa maravillosa y sorprendente escena.